

¿Olvidar la religión en la enseñanza?

E.
MIRET
MAGDA
LENA

YA he señalado en estas páginas que la escuela ni puede ni debe ser vehículo de verdadero apostolado religioso. Incluso he abogado porque no haya una instrucción religiosa específica invocando el respeto a la libertad religiosa de los padres y de los niños, porque esta relativa neutralidad está más en consonancia con la convivencia sin discriminación por motivos de religión que debe haber en la escuela. Pero esto no quiere decir que en la enseñanza de la Historia, del arte, de la literatura y, en general, de las humanidades se olvide la influencia real que haya tenido la religión católica en España. Y no siempre podemos decir que esta influencia haya sido negativa, como en cambio ocurrió —hay que confesarlo sin eufemismos— durante el nacional-catolicismo franquista que vivimos en sus cuarenta años de silencio cultural y adoctrinamiento católico retrógrado.

Si queremos conocer nuestra cultura y desentrañar su contenido sin dejar de lado ninguna parcela de la misma, no podemos prescindir de captar objetivamente este factor religioso que ha ido tan mezclado con ella, y ha llegado a producir obras de arte y pensamiento notables. Sería totalmente ingenuo querer hacer como el avestruz, y esconder la cabeza debajo del ala, como si por taparnos los ojos dejase de existir lo que realmente ha existido dentro de nuestras fronteras. En toda enseñanza que quiera transmitir nuestra cultura, y llegar a comprenderla cabalmente, se debe contar con ese hecho y no paliarlo ni desecharlo sectaria o poco inteligentemente.

Pero se debe hacer esto de muy distinto modo a como se ha realizado tal enseñanza hasta ahora por medio de una asignatura de finalidad directamente católica. No quiero volver a caricaturizar, ni siquiera criticar nuevamente, lo que crecientemente de españoles estamos por fin al cabo de la calle y pensamos que tal enseñanza religiosa pública fue un enorme desacierto de años anteriores. No debemos recordar ya aquellos textos de religión obligatorios en el Bachillerato español, que están escritos por nuestros inclitos clérigos escolásticos de tercera o cuarta fila, donde todo quedaba clasificado a tenor de su ortodoxia, dosificado minuciosamente en cuanto a su pecaminosidad y sancionado con penas no sólo temporales, sino eternas, de modo que la más inocua cosa para nuestros ojos de hoy en que cayera un español yendo contra las enseñanzas papales, merecía los fuegos sin remisión de las calderas de Pedro Botero, a

menos que acudiese al confesor a llorar ante él sus culpas. O aquellos tomos de apologética en los cuales los contrarios parecían lobos disfrazados de ovejas que nos esperaban para devorarnos en todas las esquinas y encrucijadas de la vida; tremendos enemigos de nuestra religión, y de nuestro país como consecuencia de ello, a los que no podíamos aceptar en una controversia normal de tú a tú, ni consentir un diálogo objetivo y clarificador. Racionalismo, positivismo, liberalismo, modernismo, filosofía contemporánea y marxismo se mezclaban en extraña amalgama como si fuesen el infierno destinado en nuestros catecismos tradicionales como el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno. Evolucionismo, transformismo, socialismo y libertades modernas eran igualmente execrados como nefandos inventos de los enemigos de la fe y de la sociedad, las cuales debían inspirarse en los preceptos del Evangelio tal como los entendía el sectario nacional-catolicismo. Ciencia, cultura, y hasta la misma civilización, con sus hallazgos y descubrimientos, eran ambiguas y frecuentemente peligrosas para estos severos Catones de la moral cavernícola.

Pero todos estos miedos están ya en vías de desaparecer de nuestros ambientes. Una mayor libertad en las publicaciones va poco a poco incidiendo en nuestra vida cotidiana, y vamos tomando contacto con la cultura europea del día, o incluso llegando a conocer con simpatía otras más alejadas de ella.

Lo que yo quiero plantear hoy sobre todo es cómo debe incidir la religión en la enseñanza pública, que será la enseñanza que preferentemente se abrirá paso entre nosotros, y la única que probablemente perdurará en el porvenir en escuelas, institutos y centros medios de enseñanza.

No podremos exigir, de ahora en adelante, que el profesor sea un hombre religioso, o lo simule para conservar su puesto —como hacíamos antes—, sino sólo que respete el fenómeno religioso objetivamente como un hecho cultural, igual que puede comprender —por ejemplo— el arte. Un maestro de la cultura no necesita ser, personalmente, un artista para describir los valores estéticos de un cuadro de Rembrandt, pero sí debe ser un hombre culto, que tenga un espíritu cultivado, para poder percibir lo que son los valores estéticos de aquel cuadro. Y si enseña un lienzo del Greco a sus alumnos será muy difícil que pueda transmitir su riqueza viva si no hace un análisis de los valores religiosos que están presentes en él. Por

eso me pregunto, ¿pueden prescindir nuestros profesores del porvenir de esta cultura religiosa mínima, objetiva, de ciencia de las religiones, sin necesidad de meterse en teologías ni apologéticas que todo lo embrollarían?

Yo creo que no. Y que se puede llegar —y sería bueno que se llegase pronto en España— a tener un profesorado que, sin calificación por creencias personales, llegase a ser tan objetivo como para no caer en la sola crítica de los aspectos puramente negativos de nuestra religión, y comprender lo que representa en nuestra historia de la cultura San Juan de la Cruz, el poeta de la más profunda mística; Fray Luis de León, el gran pintor de la realidad serena del hombre; Santa Teresa de Jesús, la fogosa imaginativa llena de energía vital; o Fray Diego de Estella, el delicado espiritual del amor.

Sin meternos en la escuela a ahondar en el último sentido que tiene para el hombre la religión, y que tan distinto es para el creyente y para el que no lo es, podemos y debemos quedarnos en el plano de esa fenomenología descriptiva de las realidades religiosas, sin apasionamientos ni parcialidades, a la hora de transmitir lo que se plasmó en nuestros cuadros, libros, esculturas, hechos históricos o arquitectura patria.

Yo opino que los creyentes tienen que acostumbrarse en nuestros países del Estado español a realizar esta "epojé", a realizar este paréntesis fotográfico que quería conseguir el filósofo Husserl, aplicándolo a la religión como elemento cultural en la escuela, dejando atrás las valoraciones para que sea la conciencia crítica personal quien lo haga, que es la que van desarrollando en general el niño y el adolescente en el centro de enseñanza, si éste sabe ser lo que pedía Alain —el gran educador francés de este siglo y uno de los mejores de la Historia—: "Educar es darle al hombre a conocer su poder de autogobernarse, para no creer sin pruebas".

Quizá no ha habido cosa peor —pero ese es otro tema— en nuestros países que ese "ensayismo" en que perpetuamente hemos vivido desde el siglo XIX para acá. El ensayismo de ocultar las pruebas de lo que se dice, y acostumbrarnos equivocada y engañosamente a creer sin pruebas convincentes, sino sólo por corazonadas sin reflexión, por reacciones emotivas o por pura costumbre rutinaria.

Por eso debe abrirse un nuevo período racional en la estructura de la escuela. ■